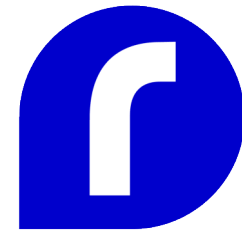


El COVID-19: ¿Buena compañía para esta Semana Santa?*



* Texto original publicado el 13 de abril del 2020 en:
[Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo](#)

Dagoberto Núñez Picado

Costarricense. Investigador del campo axiológico religioso del Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE) de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad Estatal a Distancia (UNED-Costa Rica). Doctor en Educación U-Lasalle, Máster en Estudios Culturales Centroamericanos (UNA, Costa Rica) Licenciado en Teología (Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión, UNA) y Licenciado en Ciencias de la Comunicación (Universidad de Costa Rica).

Correo electrónico:
dnunez@uned.ac.cr

Andrey Pineda Sancho

Costarricense. Licenciado en Sociología por la Universidad de Costa Rica, con estudios en filosofía y estudiante de la Maestría Académica en Historia de la misma universidad. Desde hace algunos años se desempeña como asistente e investigador en el Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE) de la Universidad Estatal a Distancia (San José, Costa Rica); centro en el que ha procurado desarrollar, junto con el Dr. Dagoberto Núñez Picado, una línea de estudios orientada a dar cuenta de los procesos de cambio sociorreligioso más sobresalientes en la Costa Rica de las últimas décadas.

Correo electrónico:
apineda@uned.ac.cr

Este escrito forma parte de una serie de documentos elaborados por investigadoras e investigadores del Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo de la UNED, donde a manera de ensayo se presentan análisis y reflexiones sobre el cómo diversos aspectos de nuestra realidad cotidiana se han visto afectados a partir de la aparición del COVID-19.

Esta Semana Santa, convocó a nuestra capacidad auto-redentiva: ¿Seremos capaces de salvarnos como seres humanos? Imaginamos que el Covid 19 es un ser en cuyos ojos brilla tal mirada que inevitablemente nos refleja: como la humanidad, según somos. Si así fuera, ¿podríamos aspirar a tener mejor aliado en esta Semana Santa? Especularmente, visto.

El cristianismo, en su particularidad mítico-religiosa, se puede resumir en cierta idea de la salvación por medio del sufrimiento del Hijo de Dios en la Tierra. La fe cristiana supone que en algún momento Dios ha tenido que volverse un componente de la historia humana, para poder por su propio sufrimiento, liberar al ser humano del pecado. Esto es lo específico del cristianismo en comparación con otras religiones; muy afín al judaísmo y al islamismo. En estas religiones “del libro” hay un reconocimiento de la debilidad humana, de la imposibilidad de la propia auto-redención. Se trata también de una fe particular en que la historia de la salvación y la historia humana en determinado punto son puestas en relación directa. Son una continuidad, que nos prohíbe leerlas como si fueran dos historias por aparte: el sufrimiento de Dios viene a ser parte de la historia humana.



Pero, no nos apresuremos a pensar que por tratarse de un mito, estamos ante algo no-verdadero: si tomamos cierto concepto de verdad —por ejemplo, que las prácticas vividas en la realidad social, son realidades por el solo hecho de serlo, por el sólo hecho de existir en el medio social; es decir, realidades dadas—entonces, no nos quedaría otro remedio que aceptar que el mito aludido es parte de la realidad, luego, ¿cómo podría ser mentira? Se trata de la fe-religiosa-vivida, que es lo que es.

Para colocar el segundo aspecto de la ecuación que nos interesa despejar, ahora desde un punto de vista científico-racional, pasemos revista a “explicaciones” de la crisis social y sanitaria provocada por el Covid 19, popularizadas desde la religiosidad. En un primer momento, a nosotros, nos parecen ideas irracionales o contradictorias. Adelante veremos que la regla fundamental del pensamiento mítico no responde a la misma regla del registro racional, su énfasis está en otro lado. Por ahora, cabe destacar, por ejemplo, que la religiosidad tiende a pensar esta crisis como una especie de permiso que da Dios al mal en contra la humanidad, por algún motivo que desconocemos. Revisemos algunas de las causas que uno oye y lee en estos discursos religiosos que deberían avergonzar a los medios que se prestan a divulgarlos: se sostiene —en síntesis—que el Covid 19 es la prueba divina, a veces enviada o a veces permitida por Dios, en contra de una humanidad pervertida, con variaciones. Si acogemos aquí el estilo de algún probado catecismo, se buscará la respuesta a nuestra cuestión: ... *¿por qué vino el Covid 19 al mundo?*

El menú de respuestas también es “por el estilo”:

“porque la humanidad dejó de creer en Dios”;

“porque es algo que Dios permite, para que no dejemos de creer en el Diablo”;

“porque existen personas homosexuales en el mundo”,

“porque hay muchas religiones y Dios es uno solo”,

“porque estamos a las puertas del fin del mundo: Covid 19 es una de las señales”,

“porque Dios dice que somos mucha gente en el mundo”,

“porque Dios sabe a quién le toca la lotería y a quién no le toca”

Alejándonos del toque amarillista, tan indeseable como real, observemos aquí la contradicción que emerge - en el análisis elemental - ya que, en el fondo, hacemos frente aquí, a dos cuestiones: por un lado está la evocación de la omnipotencia de Dios y su carácter de “suma bondad” como forma de esperanza en medio del caos, y por otro lado, la crisis Covid 19 que desborda la comprensión cotidiana de muchísimas personas quienes tiene su fe religiosa, por única herramienta, para tratar de entender lo que pasa. Entonces, “¿cómo digerir –hacer compatibles-- dichas cualidades supremas de Dios con la existencia misma de un mal avasallador y del sufrimiento que transpira, en el mundo?”

De la explicación técnica del virus que produce la enfermedad abreviada como Covid 19, no podemos decir nada y menos del antecedente viral que ocasiona dicha enfermedad. En eso, como en tantas otras cosas, “zapatero a tus zapatos”. En cambio, nuestro deseo aquí, es señalar algo de corte axiológico-religioso, en torno del Covid 19 (enfermedad) *como un mal presente*, que ataca a todas y todos - interseccionalmente – con una diferencia importante: si bien, por una parte, no el Covid 19 ataca a la humanidad sin importar fronteras de nación, clase, étnicas, sexo-genéricas, generacionales, independientemente de las diversas capacidades éticas, estéticas, fisiológicas, cognitivas, emocionales, etcétera, que tengamos; por otra parte, el Covid 19 --sin hacer excepción de personas—parece hacer excepción de situaciones: su ataque, por igual a todas y todos, es respondido de manera desigual por parte de sus víctimas; y es que dependemos de recursos económicos, de antecedentes de salud, de políticas públicas sanitarias, etc. como posibilidades de defensa –en tanto personas y grupos—para poder responder bien dicho ataque. Entonces, cabe entender que las diferencias sociales, nacionales, etáreas, de salud, sí influyen en la respuesta de protección en contra del virus, porque por ejemplo, no todos podemos hacer el mismo tipo de cuarentena o distanciamiento social, frente al Covid 19, así que si por una parte se borran jerarquías sociales, por otro el equipamiento para soportarlo o sobrellevarlo afirma diferencias importantes entre diferentes grupos de población.

Puestos a tratar de comprender al Covid 19, sobre todo, lo que supone de aprendizaje, como un saber absolutamente digno de nuestra Semana Santa 2020.

Sabemos, por teorías probadas en Ciencias Sociales, que no existe “el ser humano” en general, sino sujetos por esas disposiciones/condiciones interseccionales; es decir bajo condiciones socioculturales múltiples que confluyen en los sujetos concretos, les atraviesan y les constituyen.

eso significa que la amenaza de la enfermedad Covid 19 no es idéntica sino muy diferente según la viven sujetos con distintas fronteras de naciones, religiones, clases sociales, étnicas, sexo-genéricas, generacionales, etc. Pero, volvamos al punto: ¿cómo es que lidian las personas creyentes con esta contradicción entre un Dios toda bondad y un mal que nos ataca tan radical y democráticamente, tal cual es esta enfermedad abreviada como Covid 19?

Hoy tendemos –desde el pensamiento crítico— a interpretar la voluntad *de mal* provocado por el ser humano, por el mal mismo, autogenerado por el ser humano y no por algo necesariamente “exterior” a su actividad; es decir la propuesta crítica es que habría que buscar en el sujeto humano –no en otra parte— lo que origina su bienestar o malestar.

Esta lectura secularizada –propia del pensamiento científico— cuando es aplicada al caso del Covid 19 se opondría a las interpretaciones que atribuyen su origen a alguna intervención o permiso dado por Dios, al mal, para poner a prueba al ser humano, o a algo por el estilo. A la luz de lo reflexionado nuestra duda mayor, podría reformularse así: *¿será el mal más una constante axiológica-antropológica que un fenómeno derivado de la mano divina?*

Algunas opiniones popularizadas en los noticieros, ingratamente, durante las semanas que llevamos en esto, como las citadas arriba que subrayan que el Covid 19 es una prueba de Dios, señalando el fin del mundo, etc. Es aquí donde podríamos identificar el eje de esta discusión sobre las dos interpretaciones (científica y religiosa) que concurren en el tema del Covid 19: ¿Cabe pensar que la religiosidad, esté obligada a razonar del mismo modo en que funciona el pensamiento racional? En lo que tiene de mítica, la religiosidad no tiene por qué satisfacer los requerimientos de la lógica informal, mucho menos de la formal. Se trata de dos lenguajes: por un lado, uno de ellos del ámbito mítico-religioso propio de la religiosidad y por otro lado, el otro, del pensamiento racional, que puede derivar hacia una reflexión “secular” en la que las reglas del pensamiento son un orden modelado por otros criterios, de suyo, distintos a los primeros. ¿Cómo digerir –y hacer compatibles- estos dos lenguajes: Frente al carácter absoluto que entraña la fe en un Dios trascendente –incluyendo su dogma del pecado original— propio del lenguaje y pensamiento mítico estaría la racionalidad científica cuyas bases de conocimiento y criterios de juicio son radicalmente diferentes: ¿significa esto que ambos lenguajes deben enfrentarse en una batalla eterna en la uno de ellos venza al rival e imponga su verdad? Definitivamente no.

Y en esto nos parece orientadora la reflexión de Kolakowski (2003, 27) para quien

Si la palabra mal tiene evidentemente asociaciones morales, entonces aplicarla a un terremoto, una peste o la muerte a causa de un rayo parece presuponer que incluso tales acontecimientos provienen de alguna intención, que nada ocurre como resultado del ciego funcionamiento de las leyes de la naturaleza y que todo es obra de la voluntad. Esta es, desde luego, una manera de interpretación religiosa del mundo, y no tiene por qué contradecir el reconocimiento de las leyes de la naturaleza.

El filósofo polaco dirá que para él no existe una explicación –hasta la fecha en que publica su texto—satisfactoria del origen del mal en el mundo. Si viviera entre nosotros, Kolakowski no podría explicar al Covid 19 (en tanto un mal para el ser humano) ni por medios religiosos (“voluntad divina”) ni por medios científicos en la medida en que se quisiera reducir dicha interpretación del origen del mal a una sola “ley universal”. Kolakowski critica el caer en un tipo de humanismo que llevado en términos de lo que llama el “idealismo absoluto” presupondría que la bondad humana emergerá, por algún mecanismo automático, efecto científico-tecnológico, por alguna modelación política-económica; etcétera, marginando una comprensión de la persona humana, también, en su dimensión individual. Coincidimos con él en que nuestra dimensión ética, estética, espiritual, etc. no deviene—buena, ni mala, de por sí—gracias a alguna ideología que margine la compleja dimensión personal y social del ser humano.

A propósito, cabe resumir la cuestión de que un juicio sobre el sentido del Covid 19 tampoco puede ser bien comprendido sin incorporar los límites de nuestra herencia histórica y constitución biológica. También puede condensarse el problema sobre las interpretaciones del Covid 19 –según lo venimos planteando—desde la tensión que suponen dos visiones del fenómeno: una visión de mundo antropocéntrica y autonomista por parte de la ciencia y la visión místico religiosa que hace depender al ser humano de energías trascendentes y extra-mundanas.

Lo esencial de una discusión en torno a que visión de mundo (científica o místico-religiosa) debe tener la palabra para una comprensión adecuada del problema del origen del Covid 19, puede iniciarse con una distinción pertinente: no se trata de que ambos lenguajes sean excluyentes, entre sí. Tampoco se trata de que una visión desplace a la otra en cuanto al aporte que pueden ofrecer respecto del problema. En el fondo, ambas visiones preexisten y van a ser asumidas por determinadas personas y grupos. Cada una, tiene sus límites, así como su aporte. Citemos primero los límites.

Respecto de una visión religiosa absolutizada (“el Covid es permitido por Dios porque el ser humano no se convierte a determinada fe”) cabría cuidarnos de no incurrir en conductas irresponsables: poner en juego el derecho a la vida (en cualesquiera de sus facetas y edades) en nombre de una libertad irrestricta a la opinión religiosa. ¿Y cuál sería la limitación que cabría denunciar de una visión científica del Covid 19? Versiones en esta línea que pretendan prohibir cualquier otra fuente de interpretación –no científica—de la crisis por el Covid 19, también podría haberlas. No nos parecen justas. Más bien cabría esperar que versiones estéticas, éticas, o aquella producción de sentido cultural de carácter místico-religioso interpretando la realidad sobre el Covid 19, al abrirse paso, completen el panorámica de lo que vale y requiere ser dicho. Pero, en religión, como en ética, como en otros campos de la vida real que vivimos, no toda opinión vale lo mismo, porque no toda opinión está necesariamente bien fundamentada respecto del fenómeno que juzga o analiza. Y aquí está el servicio –nada despreciable—que nos ofrece la ciencia: la cau-

sas (o causas) del Covid 19 —en su origen viral—están siendo investigadas por un número importante de científicas y científicos (expertos en química, fisiología humana, sistemas inmunológicos, gentes expertas en pandemias, etc.). Entonces, —quienes tengamos fe religiosa—nos sentiremos facultados para orar para que esas iniciativas científicas tengan éxito, en buena hora. Pero no bastaría eso para querer que nuestras interpretaciones religiosas (y muchísimo menos de corte homofóbico) sean tomadas en serio.

Antes de que llegara el Covid 19 ya éramos como éramos y estábamos como estábamos: a la peste que vivimos hoy podemos sumarle—con rubor—las otras pestes que arrastrábamos ayer: nos pasa, que cayó “peste sobre peste”; la coroni-pobreza, la coroni-violencia contra la diversidad genérica, la coroni-violencia contra las mujeres, la coroni-indiferencia ante la discapacidad o coroni-diversifobia en contra los seres humanos LGTBI, etc. Todo eso existía ya entre nosotros cuando nos cayó encima la pandemia Covid 19: ya venía pesando sobre nuestros hombros una cadena de pestes, desde mucho antes que ya nos condenaba como “pecado-original” de la sociedad en que vivimos; de esa realidad acumulativa, nacen esas expresiones que interpretan al Covid 19 como un enviado de Dios para redimirnos, por nuestra perversión social; porque somos irredentos; es decir, hasta la fecha, no hemos demostrado ser capaces de auto-redimir nuestra dignidad como colectividad humana, como hermanos con iguales y totales derechos.

Así que mirándole los ojos al Covid 19 se refleja cierto diagnóstico que revela que no puede gustarnos lo que ahí vemos. Siendo sinceras y sinceros, ¡Cómo podría gustarnos! Podemos decirnos, un tanto retóricamente, que el Covid 19 es un visitante digno de esta Semana Santa 2020. Dolorosa interrupción, amargo trago, violentísimo viacrucis para reconocernos. Pero esta es la vida que hemos construido: lo que somos nos visita de forma inesperada, en la mirada del Covid 19.

Bibliografía

Kolakowski, Leszek. 2003. *Leibniz y Job: metafísica del mal y experiencia del mal*. Traducción de Aleksander Bugajki. Letras Libres. México D.F. Pp. 24-28. Accesible en: <https://www.letraslibres.com/mexico/leibniz-y-job-metafisica-del-mal-y-experiencia-del-mal>